



DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

Me parece, salvo mejor parecer, que cualquiera de ustedes, con 24 millones hubiera hecho algo; y sin embargo, se acaba de probar palpablemente que con 24 millones no se puede hacer absolutamente nada. Este descubrimiento, más prodigioso que todos los de que nos habla en sus pintorescas novelas Julio Verne, se debe al señor general del ejército del Norte, quien, al decir de los periódicos, que yo no lo invento, ha empleado esa suma en gastos de guerra.

Las facciones han aumentado considerablemente; no parece si no que en el feracísimo suelo navarro y vascongado brotan carlistas en lugar de manzanas, y á poco más que dure esta guerra, nos va á costar más dinero que á los franceses la que han tenido con Prusia, incluyendo por supuesto, los 20,000 millones de indemnizacion.

Parece imposible que en este país, donde hubo en otros tiempos tantos hombres de gran talla, no haya ahora un hombre, que es lo que hace falta, un hombre que, con mano de hierro, ponga orden aquí, y obligue á todo vicho viviente á andar derecho. El último hombre de temple fué O'Donnell. Si él viviera ahora... bien que si él viviera no habria pasada nada de lo que ha pasado, y por consiguiente, no pasaria nada de lo que pasa.

¿Cuántos millones ha costado ya esa sangrienta guerra, consecuencia de la funesta revolucion de Setiembre?... Con esos millones empleados en el fomento de la instruccion, de la agricultura, de las artes, de la industria, España sería una nacion respetada y admirada; pero aquí no queremos respetabilidades ni siquiera el propio provecho; aquí no queremos mas que mandar todos, y como esto no es posible, tenemos que desfogar la rábida, matándonos buenamente, y procurando que al país se lo lleven los mismos diablos.

Y obrando de esta suerte, siempre estamos hablando de

patriotismo. ¡Valiente patriotismo! Este nobilísimo sentimiento ha sido en España grande y ardiente, pero se acabó, se perdió. Si viviera ese sentimiento aún en nuestros pechos, ¿cómo era posible que con tal ahinco procurásemos la muerte de la pátria y no nos sonrojásemos de vergüenza al considerar el lastimoso concepto en que nos tienen las demás naciones?

Por lo demás, todo el mundo tiene la vista fija en el Norte, y nadie sabe lo que pasa en el Norte, aunque acaso ya se sepa cuando se publique este número. Ello es que la cosa está más embrollada cada vez, que los hombres políticos no valen tres cominos, y que aquí va á suceder algo muy gordo, pero muy gordo.



El progreso de las costumbres es evidente.

Lo prueba, entre otros, el hecho que estos dias han sufrido los periódicos. Un jóven y una señorita se querian, cosa que nada tiene de particular, y que en todos tiempos ha sucedido. No sé por qué sus amores hallaban cierta oposicion en quien seguramente podria oponerse á sus amores, y los enamorados resolvieron matarse.

¿No les parece á Vds. edificante la historia?

Pero aún no ha concluido; puestos de acuerdo, se reunieron en un sitio solitario; el galan disparó, ¡apenas puede creerse! sobre su amada, hiriéndola, aunque por fortuna no de gravedad, y ya iba él á matarse, cuando llegaron dependientes de la autoridad á impedir que se realizara por completo el crimen.

Este hecho, que apenas se comprende, me llena de pena; porque revela que esta sociedad está completamente pervertida. Ya sabemos que el exceso de la pasion puede conducir á los más espantosos extremos; pero cuando hay religión, cuando no se ha olvidado á Dios, las pasiones se templan, y no llegan á cegar el entendimiento.

¡Qué horrores, qué absurdos, qué locuras se verian en este pobre país si los ateos que le dominan lograran, como lo procuran desesperadamente, acabar con los sentimientos

religiosos! Para nosotros ese triste suceso y otros muchos no reconocen otro origen que la indiferencia religiosa. Dios no ha permitido, grande y misericordioso siempre, que el crimen se realice, y esos dos extraviados jóvenes no podrán menos de conocer que la Providencia vela hasta por los que de ella dudan. Esperemos que los haga felices todavía.



Leo en un periódico que en una capital de provincia se ha verificado una manifestación contra la usura, pretendiendo los manifestantes que los prestamistas devuelvan graciosamente las prendas que tienen en garantía de cantidades entregadas á sus dueños.

Me parece muy bien, y yo estoy escribiendo un cartel convocando á una manifestación que tendrá por objeto pedir que los caseros devuelvan á los inquilinos todo lo que les hayan cobrado desde la revolución acá; que los almacenistas de ultramarinos devuelvan el importe de los garbanzos digeridos por los parroquianos desde la misma fecha, y en fin, que se nos devuelvan á todos los ciudadanos los años que nos han caído encima desde la propia gloriosa época, es decir, que el que tenga cuarenta, solo tenga treinta y cinco, y el que tenga treinta y cinco se le reconozcan treinta nada más.

Pero á bien que estas y otras importantes reformas se harán por las nuevas Cortes federales, encargadas de acabar de partirnos. Ya se dice que se propondrá abolir las herencias transversales y colaterales, dejando solamente un quinto (un franco de Nouvilas querrá decir, porque quintos ya no hay) á disposición del testador, y también se pedirá la percepción de un quinto para el Estado en toda herencia directa.

¡Ya escampa y llovan chuzos!

De este modo no dudo yo que progresará la holgazanería, porque, ¡á qué diablos trabajar para que luego se coma el fruto el Estado!...

Lo que aquí se ha abolido de hecho, aunque todavía no se ha publicado el decreto en la *Gaceta*, es el sentido común. Pero ahora se dará cuenta á las Cortes de esta abolición del sentido común, y no dudamos que las Cortes la aprobarán en todas sus partes. Verdaderamente esta es su misión, si es verdad que nos van á poner la federal.

Por hoy no me ocurre otra cosa que decir.

Ahora empieza lo bueno, ahora nos vamos á constituir por lo fino, si Dios lo permite.

Señores, á los pies de Vds.: caballeros, beso á Vds. las manos.

LAS CINCO PESETAS.

Cinco pesetas, sí, señores, cinco pesetas diarias deben darse (no sé por quién) á cada español, según dijo un orador socialista el otro día hablando en el *local*, digámoslo así, nuevamente elegido para esta clase de conferencias, situado entre el ex-palacio real y las ex-caballerizas. De las cosas políticas que allí se oyeron, nada tengo que tratar aquí: *Tractent fabritia fabri*; como yo no soy *faber*, quiero decir, político, y menos en el campo neutral de estas páginas, me limito á examinar el indicado pensamiento socialista, porque precisamente para combatir esas ideas, con abstracción de la política, se ha fundado LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.—No como sistema político, sino como plan ó medida económica, propuso el con-

sabido orador lo de las cinco pesetas: entro, pues, en el palenque económico.

¡Cinco pesetas á cada español!—No hallándome allí presente, no me he enterado de si el autor del pensamiento explicó ó no explicó el método que ha de seguirse para las partidas: de todas maneras, me ocurren las *pequeñas* dificultades siguientes:

Suponiendo diez y seis millones de españoles á cinco pesetas por cabeza, habría que repartir ochenta millones de pesetas, ó sean TRESCIENTOS VEINTE MILLONES DE REALES DIARIOS.—Esta renta supone un capital; y aunque no calculemos el rédito menos de cinco por ciento anual, veremos que se necesitaria que el tal capital fuese de *ciento diez y seis mil ochocientos millones* de Duros si habia de producir *cinco pesetas diarias* para cada español.—Me parece que en guarismos hará mayor efecto.

DUROS: 116,800.000,000.

El ciudadano proyectista, si no mienten las crónicas, se olvidó de especificar en qué parte del mundo se encuentra ese capital, ó cómo se forma, y dónde se impone; y quién le impone; y por qué manos y sistema se administra; y en qué manera y oficinas se reparte la renta!!

Pues pasemos por todas esas monstruosidades, que es como tragarse en ayunas un elefante crudo, y supongamos el enorme disparate realizado.—Ya tiene cada español cinco pesetas diarias, las cuales habremos de figurarnos que se le aparecen por ensalmo, cada mañanita, en el fondo del bolsillo de los pantalones.—Pues bien, yo amanezco hoy con mis cinco pesetas, y sabiendo que no he de tener más, echo mis cuentas: tengan Vds. la bondad de calcular conmigo.

La habitación que ocupo ahora me cuesta diez reales diarios: ¡gasto enorme!—Es menester buscar otra de á dos reales cuando más; al fin de esta calle hay una buardilla de este precio; allá me voy en cuanto almuerce.

Pido de almorzar; pero no hay pan.—El panadero que le traía dice, que teniendo él una renta fija de cinco pesetas no quiere andar subiendo y bajando escaleras para ganar un jornal de seis ú ocho reales.—(¡Medrados estamos!)—Quiero enviar por pan á la tienda: mi criado Francisco se me planta y dice: «Señor, yo no quiero servir más. V. me da cuatro reales de salario, y yo tengo ahora veinte.»—Pero, Francisco (le replico) ¿y la comida y la casa?—Francisco responde: «¿Y mi libertad?»—Pues, señor, me decido á ir en persona á comprarme un par de roscas: y de paso, agenciaré la mudanza de casa.

Salgo, y en la esquina me encuentro á Francisco altercando con un mozo de cordel.—«Pero hombre (decía el primero) si yo te pago ¿por qué no me has de llevar mi cofre?»—Porque non me da gana (respondía el mozo): cuando fui pobre, cargaba como una acémila; mais agora me tengo ya los mis treinta duriños que me deparó un ciudadano que non conozco, (Dios se lu paje) y ya non he de trabajar aunque me aspen.

—¡Ah, mal gallego! respondió Francisco, tú te lo pierdes.

EL MOZO (*después de meditarlo*)—Mira, Francisco: dame una media onza, y llevaréte el cofre.

FRANCISCO—Media onza de estrignina te daré yo.

—Mozo.—Al perru de tu abuelu.

—¡Malo va esto! dije yo oyendo el diálogo: si Francisco no encuentra quien le mude un baul ¿cómo haré yo para transportar toda la balumba de mis muebles?—Apurado con este pensamiento, entro en la tienda, y pido pan: voy á pagarle al precio ordinario, y el tendero me dice: «Se ha subido.»—¿Cuánto? ¿Dos cuartos?—«No señor: treinta rs. en libra.»—«¿Es posible?»—«Ya ve V. como ahora cada oficial y mozo de

tahona tiene 7.300 rs. de renta fija, ó sean cinco pesetas cuotidianas, no quieren trabajar por menos jornal de dos á tres duros diarios; y no les falta razon, porque como lo mismo ha sucedido en todos los oficios, á ellos les han de costar más caros la carne, y el vino, y las patatas, y los garbanzos, y el arroz, y las verduras, y la ropa, y los zapatos, y... en fin, todo.»

—A ver, á ver, vecino: explíqueme V. bien eso (dije yo, por probar si el tendero era hombre más práctico que esos ciudadanos que lanzan al aire libre tales esperpentos económicos.)

—Es muy fácil de explicar, respondió el tendero. Mire V.: la mayor parte de la gente que trabaja, lo hace por pura necesidad. Si V. le da á cada uno de éstos una renta fija ¿quién trabaja?

—Hombre, algunos habrá que quieran ganar más.

—Serán muy pocos; pero aun esos se harán pagar muy caras sus puntadas. Suponga V. que hay en Madrid mil oficiales de zapatero: ochocientos no volverán á coger el tirapie en cuanto se vean con un duro diario; los otros doscientos, más codiciosos, como que se verán solicitados por todos los maestros, se harán de pencas, y pedirán un jornal bárbaro. Si siguen fabricándose zapatos, saldrán muy caros; y cuando los de los otros oficios vengan á comprarlos, también tendrán que subir su género, porque á ellos les sucederá lo mismo, y porque las cosas todas tienen que guardar siempre en sus precios la misma proporcion.

—A ver, vecino, explíqueme V. eso de la proporcion.

—Va V. á comprenderlo. Supongamos que un par de zapatos vale treinta reales y un sombrero sesenta, y un vestido como este que yo tengo puesto, seis duros.—Yo vendo arroz á un precio en que gano *un real* por libra, hago mi cuenta, y digo: «Necesito vender 30 libras de arroz para comprar zapatos, 60 para un sombrero, y 120 para un traje, total 210 libras de arroz. Pero si al ir á comprar, me encuentro con que, por las causas antedichas, los vestidos, los sombreros y los zapatos, han doblado de precio, tengo yo también que ganar el doble vendiendo más caro, porque lo que es el consumo del arroz no puedo aumentarle, y antes bien, todo consumo, hasta el del pan, disminuye mucho con la carestía.

—Pues me parece exacto ese cálculo.

—Vaya si lo es (respondió mi tendero): es la cuenta de la vieja; pero no falla.

—Como que sería yo de opinion de que á *esa vieja* la hiésemos ministro de Hacienda. Sobre todo lo que resulta claramente es que el ciudadano que propuso lo del durete diario sabe menos economía-política que una vieja.—Pero, diga V., vecino, (añadí luego) ¿qué se harán entonces los que no quieren ya arrimar el hombro al trabajo, muy satisfechos con su renta boba de *cinco pesetas* diarias? Porque si de resultas de la nivelacion forzosa todo se ha de poner enormemente caro, esos tales no tendrán para nada con la tal renta.

—A esos (dijo el mercader) les sucederá lo que le ha sucedido toda la vida de Dios al que no ha querido trabajar: venir á menos, hasta quedarse á pedir limosna. Otros, al contrario, sabrán aprovecharse, y subirán como la espuma á costa de los holgazanes, y tendremos lo que siempre: Gente acaudalada y opulenta, ricos de menos riqueza, hombres bien acomodados, gentecilla de medio pelo, pobres y hasta mendigos.

—Pues dígame á V. que nos habremos lucido con la nivelacion socialista!

Con esto se acabó nuestra conversacion, y manifestando yo deseos de ponerla por escrito para comunicársela á Vds.; el tendero me invitó á que pasase á la pieza de adentro donde

encontraría recado de escribir. Acepté el favor, y en efecto hallé todo lo necesario para hacer este articulo en un aposento muy cómodo, porque como ya habrán Vds. notado, mi vecino, aunque así á la pata la llana, es hombre de *gran trastienda*.—Y hasta en esto le habria de ser imposible ponerse á su nivel al orador de las caballerizas.

Por ligera que parezca la antecedente demostracion, nadie podrá negar su evidencia.—Ciego, absolutamente ciego, es necesario estar por la pasion ó por la ignorancia, para no penetrarse de que el expedito juego del mecanismo social, como de todo mecanismo, estriba precisamente en la DESIGUALDAD.

Ninguna máquina se compone de piezas completamente idénticas, ni puede menos de estar sujeta á una fuerza motriz que dé el impulso.—Unas ruedas engranando en otras les comunican el movimiento, y así están todas, no en absoluta paridad, sino en mútua dependencia. Hasta *la resistencia* es necesaria para regular las fuerzas y producir el resultado.

Lo que en música se llama *armonía*, palabra que por extension se aplica con mucha razon á tantas otras cosas, no proviene de la *identidad* de sonidos, sino, al contrario, de la combinacion y relacion de sonidos diferentes. Aun así se hace monótona é insoportable cuando á ella no contribuyen voces ó instrumentos de diferente naturaleza, timbre, y diapason.—Esta es la base de toda orquesta.

De la misma manera, repito, la armonía moral, la perfeccion del mecanismo social se funda en la *desigualdad* más completa:

Desigualdad de caracteres, de talentos, de aptitudes, de aspiraciones, y aun de afectos.

Hasta el prototipo de toda sociedad, de toda agrupacion humana, que es la union de *un* hombre con *una* mujer, llámese matrimonio ó como se quiera, se hace irrealizable sin la diversidad expresada. Si en una pareja de éstas el hombre es afeminado, ó la mujer es demasiado varonil, ó lo que llamamos un mari-macho, basta para que la union conyugal sea subversiva, ó por mejor decir, imposible.

Pero el disparate más absurdo es el de creer que una sociedad pueda existir con perfecta nivelacion de riquezas. Aun cuando artificialmente fuera dado lograr este fin, la ficticia igualdad no duraría veinticuatro horas. El despilfarro de los unos, la economía de los otros, la indolencia de éste, la actividad industriosa de aquel, las inclinaciones y aficiones desiguales, la prevision y la imprevision, la versatilidad y la perseverancia, y hasta el desprendimiento y la avaricia, éstas y otras cien mil cualidades contrapuestas, obrando en sentidos divergentes, establecerian el desnivel, no á la larga, no, sino desde el primer minuto.

Concuerdan en este punto la razon especulativa y la experiencia. Contemporánea es la historia del descubrimiento de terrenos auríferos en California: ¿y qué sucedió allí?—Al pié de la letra lo mismo que en el cuadro que toscamente dejo bosquejado á propósito de las cinco pesetas de renta uniforme. Todos iban con *igual* afan de buscar oro; todos se negaban *igualmente* á otra clase de tareas. Fue preciso, para que algunos se dedicasen á las faenas que habian de proveer á la subsistencia de todos, remunerarlos con un galardón que compensase sus esperanzas de enriquecerse de pronto como los demás. Los comestibles costaban un sentido: las malas habitaciones improvisadas en aquel desierto se pagaban más que los palacios en una ciudad populosa. Llegaba un buque á cargar oro, y no tenia cargadores, ni tripulacion para el viaje de retorno, porque toda la gente de á bordo desertaba por irse

á buscar el codiciado metal.—Muchos aventureros que hallaron cantidades increíbles, las disiparon allí mismo, ó se vinieron á Europa á derrocharlas, volviendo de nuevo á la pobreza. Otros fueron asesinados y robados. Algunos tambien se aprovecharon hábilmente de su buena suerte.—Resultado final: que en San Francisco y toda la comarca aurífera se estableció pronto la misma *desigualdad* que en todas partes, sin más diferencia que la de reinar una insoportable carestía; y que, como en todas partes, los que sacaron ventaja fueron los industrioses, los más económicos, los más trabajadores, los más perseverantes.

¿Cuándo se han de poner ante los ojos del pueblo estos y otros ejemplos de tan práctica y útil enseñanza, en vez de engañarle con el ilusorio espejismo de una nivelacion imposible?

ANTONIO M. SEGOVIA.

DIÁLOGOS Y NOTICIAS.

La prensa madrileña ha dado origen estos dias á gran número de versicnes, comentarios, dichos graves, frases agudas y consideraciones de todas clases.

No ha sido raro, por lo tanto, sorprender los siguientes diálogos, ni leer las siguientes noticias:

—¿Qué ha pasado en el vapor *Alerta*?

—Lo ignoro.

—Pues los periódicos lo dicen bien claro.

—¿Qué dicen?

—Poca cosa: que el citado buque llegó á las aguas de Málaga y que los malagueños decidieron al instante desarmarle...

—Eso es posible: los malagueños son muy aficionados á incautarse de toda clase de armas.

—Pero los malagueños no contaban con la huéspedea, y al acercarse al buque en varias lanchas recibieron un cañonazo.

—¿Y hubo desgracias?

—No tal. El comandante del buque disparó con polvora sola, consiguiendo poner á los malagueños en precipitada fuga.

—¿Y despues?...

—Despues dijeron que se comerian á los tripulantes del *Alerta* si llegaban á bajar á tierra, y nuestros marinos tuvieron tanto miedo que desembarcaron con sus armas, tomaron café tranquilamente en uno de la poblacion, y se volvieron á bordo como si tal cosa.

—Pero, hombre, eso es muy grave.

—Los periódicos lo dicen: yo no lo invento.

—D. Roque, ¿ha visto Vd. los francos?

—¡Hombre, no! Hace ya mucho tiempo que no veo una moneda.

—Me refiero á los voluntarios francos.

—Bien, ¿y qué han hecho?

—Pues, en Bilbao han tenido que separarlos de las tropas por temor de una lucha; en todos los pueblos promueven alborotos; muchos de ellos se retiran á la vida privada en cuanto se les habla de batirse; un comandante ha venido á Madrid atado codo con codo; un alférez ha matado á otro; un cajero se ha escapado con los fondos; otros individuos se han negado á que les manden oficiales que no sean aragoneses, y finalmente, entre los que estaban organizándose en Leganés ha habido su alboroto correspondiente.

—¿Y quién responde de la exactitud de los hechos citados?

—Los periódicos, hombre de Dios: ¡pues si no se ocupan de otra cosa! ¡Da gusto leer sus últimas horas!

—¿Ha leído V. la *Gaceta* del miércoles?

—Si, señor: he visto que se suprimen los títulos, lo cual me

ha parecido absurdo. Mucho más sencillo hubiera sido titular á todos los pocos españoles, que no lo fueron por los radicales, y así se habria llegado más pronto á la igualdad.

—Pues mire V. lo que son las cosas: al ver un vecino mio que se concede permiso para que todos los ciudadanos usen el título que más les acomode, ha ordenado á su criada que le dé tratamiento de señoría, y cuando habla de su mujer, á quien todos hemos visto prestando dinero en las plazuelas, la llama *mi esposa la Duquesa*.

¿Es cierto eso?

—Si, señor, y el tendero de jabon de mi calle piensa titularse conde del Cuarteron y marqués de Sisa.

—¿Y V. no se titula?

—Yo me contento con ser varon.

—¿Y qué dice la prensa sobre el particular?

—Los periódicos censuran la medida por creerla cuando menos infantil. No se comprende que hallándose el país como se halla, en visperas de un cataclismo, se entretenga el ministerio en semejantes tonterías.

—No lo son tanto como á V. le parece. La supresion de los títulos es el desahogo de los pequeños contra los grandes; es el principio de nuevas reformas y nuevas exigencias. Despues de quitarles los privilegios, se les quitan los títulos: más adelante se les quitarán los bienes, y será un hecho la igualdad ante el hambre.

—Hace pocos dias murió repentinamente en Valencia un maestro de escuela que habia logrado tener ahorros. En el bolsillo del chaleco se le encontraron dos ochavos morunos.

Luego se dirá que están desatendidos los maestros.

—Los carlistas han pasado el Ebro.

—Los carlistas han entrado en Miranda.

—Cuentan con nueve plazas fuertes.

—Se les han unido siete mil hombres del ejército.

—Han copado á diez cuerpos de tropas.

—Don Carlos ha entrado.

—En toda esta semana será coronado en San Gerónimo.

—Pasan de setenta mil hombres los que se han levantado en la Mancha.

—La marina apoya el movimiento.

—Alejémonos: están leyendo la última hora del periódico *La Verdad*.

Hace pocos dias se descubrió un escalo en la calle del Ave María, respecto á cuyo suceso se hacen muchas conjeturas.

La más probable es que algunos jóvenes de buen humor trataron de regalar algunos fondos á una persona pobre, y como sabian que el orgullo de ésta le haria no admitirlos, recurrieron á la estratajema de entrar en su casa por la alcantarilla.

La vigilancia de un pocero destruyó el plan.

La carrera de San Gerónimo se ha convertido en una mesa de billar.

Todas las tardes se juega en ella alguna partida *de palos* entre los transeuntes y los ganchos que se han posesionado de la misma.

Se ha encontrado en el barrio de Salamanca el cadáver de un niño descuartizado.

Los filántropos siguen anatematizando la pena de muerte.

No estaria de más que se inventase alguna mayor para ciertos delitos.

En las tripulaciones de las fragatas *Almansa* y *Vitoria* ha habido jaleo: decíase que en ellas se habia dado el grito de *Viva Alfonso XII*, segun unos y *Viva Carlos VII*, segun otros. Recono-

cidas las tripulaciones se ha visto que solo habia en ellas consecuentes republicanos.



El Sr. Figueras no quiere que *el cacharro* se rompa en sus manos. El cacharro es la república.

Falta saber á qué usos se dedica el cacharro en cuestion, pues la palabra, en algunas de sus acepciones, es muy conocida en varias de nuestras provincias.



El panteon Nacional va á ser trasladado desde San Francisco el Grande al Monasterio del Escorial. Habrá su correspondiente procesion cívica; sus banderas de percalina y sus músicas populares, ni más ni menos que cuando los restos de nuestros grandes hombres fueron traídos á Madrid.

Hay quien teme que Quevedo renazca para protestar de los viajes que obligan á verificar á sus restos mortales.

Hay quien asegura que ya no existen restos de los grandes hombres que han ocupado la bóveda de San Francisco, fundados en los ataques de los irrespetuosos ratones. Pero, si esto fuera cierto, pronto se inventarian otros difuntos ilustres por la privilegiada inventiva del Sr. Castelar.

Aquí lo principal es prescindir de los restos de la monarquía, arrojando del Panteon del Escorial las cenizas de los reyes.

PLEITO DEL MATRIMONIO.

¡SOCORROOOOO!

APELACION DE LA SENTENCIA.

Apurar, Trueba, pretendo
ya que me tratais así,
¿qué delito cometi
contra el consorcio escribiendo?
(CALDERON Y... YO.)

I.

Maridos arrepentidos
de haber dado el tropezon:
célibes que en este asunto
pensais lo mismo que yo:
caballeros y señoras
que seais de mi opinion
combatiendo el matrimonio
«porque es tumba del amor:»
lectores que estais conmigo
(y en lo justo estais por Dios),
ejército innumerable,
pronto á luchar con valor
con esas altivas huestes,
que alzan el gallo ó la voz
para sofocar la mia
porque combate el error:
radicales... verdaderos,
en esta pendencia atroz
á defenderse, á la lucha,
venid, socorro, favor,
que ya un popular poeta,
que reside en *Bilbaó,*
sin apreciar mis razones,
que muy apreciables son,
me condena ¡á que me case!...
¡horror... tres veces, horror!

No me agrada la sentencia
de aquel ingenio de pró,
á quien tanto admiro siempre
por sus *Cuentos de color;*

no me conformo, caramba,
no es justo el fallo, que no:
y, pues viene á pelo, apelo,
porque dispuesto no estoy
á sufrir una condena
de tal consideracion.
Escuche el lector sensato,
oiga el sensato lector,
medite las consecuencias
que trae ese *paso... á dos;*
estúdiense con cuidado
cuanto en los autos sentó
la malicia ó la franqueza
de ambas partes, con calor,
y el menos cegado dice:
«Ricardo tiene razon;
los demás hablan en broma,
ó por rabia que es peor:»
pues yo conozco sugetos
y maridos de aficion,
que quieren que á otros les pase
lo que tal vez les pasó.

Callado estuve algun tiempo
sin desahogar mi furor,
y sin poder hablar claro
de mi justa indignacion;
pero hoy que llegó mi dia,
declaro á la luz del sol
que en estos autos no ha habido
justicia ni compasion;
que Frontaura, menos duro,
con cariño me trató;
que Guerrero, siempre firme,
intransigente orador,
no admite término medio
cuando siempre lo admitió;
que poetas provincianos
con talento y discrecion,
han esgrimido sus armas,
muchos á mi alrededor,
muy pocos en contra mia,
y en cambio el publico vió
versos en mi pró ¡qué pocos!
y contra mí ¡qué aluvion!

Probado, pues, que ha existido
algun deseo traidor
de hacer falsa la justicia,
cosa que nunca se vió
en España, en un país
en que la causa peor
se falla en regla tres lustros
después de que se empezó;
probado que es procedente
y justa mi apelacion,
paso á deshacer los cargos,
alguno de ellos feroz,
que por las partes contrarias
se me han hecho en la cuestion.

II.

Guerrero, fuiste el primero
que siempre en mi contra fiero
lanzas rompiste á destajo;
y, ya lo ves, tu trabajo
no ha dado fruto, Guerrero.

Tu con intencion dañosa
me *acumulaste* una cosa
ó seguidilla averiada

que halláste en una chistosa
publicacion de Granada.

Contra aquel tono protesto,
tú con ella echáste el resto;
pero esa coplita rancia
te demuestra que hay en esto
algun error de importancia.

Ni yo escribí de tal suerte,
ni me dió nunca tan fuerte
por el amor la locura;
el matrimonio es la muerte
y la muerte *fé pavura*.

A Granada tuve que ir
para tratar de inquirir
si seria ó no verdad
lo que me hacías decir
con tanta formalidad.

Y resulta, aunque yo sienta
que la razon no te asista,
que aquella copla... *cruenta*
la firmé, porque el cajista
cometió un *horror* de imprenta.

Unos versos envié,
y el cajista distraído
colocó mi firma al pié
de los otros, que han servido
para... no sé para qué.

Mas dejando este argumento
(que ya queda contestado,
y yo sin remordimiento)
vas á ver que no ha logrado
convencerme tu talento.

Pruebas citáste sin tasa
de matrimonios felices
que hay delante de tu casa,
creyendo ver lo que pasa
con lentes en las narices!

Punzante Narciso Serra
probó, y en ello se aferra,
con sus versos ingeniosos,
que aquellos *sérs* dichosos
viven casi siempre en guerra.

Estás en error profundo,
pues aunque esa casa chica,
fuera ejemplo sin segundo;
¿qué *una* casa significa
cuando hay *tantas* en el mundo?

Confiesa tu error, Teodoro,
¿no has visto que picos de oro
han terciado en el litigio?
¿No adviertes que habrá en el coro
quien lleve gorro, y no frigio?

En fin, tu empeño combato;
¿eres feliz? pues me alegro;
más no por eso me abato:
está el porvenir muy negro
y el género muy barato.

Las pobres chicas se inquietan,
(aunque ocultarlo prometan,
porque no existe demanda...

está visto: el mundo anda
como diría Pelletan.

III.

Frontaura, tú, más sincero,
me pruebas con tu alegato
que debo vivir soltero,
si puedo, por mucho rato.

Me hablas de ciertos enlaces
y tu relato me altera,
pues son tus tipos capaces
de hacer temblar á cualquiera.

Tú con el juicio sereno,
«mira lo que haces» me gritas:
dices que casarse es bueno,
pero no me precipitas.

Dices que busque con seso:
no temas, es tal la empresa,
que nunca haré yo por eso
una cosa como esa.

Sé á veces cosas curiosas
que hasta me ponen convulso:
(cuando escribo de estas cosas
noto que me falta el pulso.)

No creas, pues, que yo ceje
en mi idea salvadora;
no esperes que acaso deje
de pensar cual pienso ahora.

Podreis, aunque sois casados
tú y varios más ser felices;
pero ya están agotados
los semilleros que dices.

Y es cosa ya decidida;
la boda prueba tan mal,
que se suprime en seguida
que venga la federal.

IV.

Narci o Serra ha luchado
á mi favor, y he vencido:
¿cómo nó, habiendo venido
tan gran ingenio á mi lado!

Aunque en contra la sentencia
no es procedente en justicia,
hasta un lector de Galicia
reclama con insistencia.

Y de unos cuantos lugares
me dicen—lo sabe Dios—
que hemos vencido los dos
á pesar de los pesares.

Yo, pues, de júbilo estallo
al ver la cuestion ganada:
y por si acaso olvidada
quedara en el nuevo fallo,

Ruego á la *Sala* que acoja
esta gran verdad que encierra
el alegato de Serra
que no tiene vuelta de hoja.

«La mujer propia es la mala,
aunque á muchos no les cuadre:

no hay amor como el de madre,
á este ninguno le iguala.»

Tiene razon el poeta:
ese es el amor sagrado,
grande, desinteresado
que da la dicha completa.

Todo ese cariño eterno
que la mujer propia jura,
no dura nada, pues dura
poco menos que el pan tierno.

V.

Permitaseme un instante
cumplir la deuda que tengo
de dar las gracias á todos
los que han terciado en el pleito
apoyando mis razones
ó pegándome un voleo.

Mi buen amigo Labaila,
Sanmartin y otros mancebos
han salido á mi defensa
con quintillas y tercetos.

Bien sabeis, amigos míos,
lo mucho que os lo agradezco;
bien sabeis que la gran causa
que sin descanso defiende
está ganada en principio
porque no hay mas que un soltero
(Fermin Herran, de Vitoria)
que contra mí se haya vuelto.

Los demás solteros todos
están á luchar dispuestos
en contra de esa coyunda
aunque se desplome el cielo.

—Una discreta señora,
de Búrgos, con gran empeño,
me dijo que al yugo santo
debía inclinar el cuello
porque el matrimonio es gloria;
y el viejo ¡solo! un mastuerzo.

Agradezco en lo que vale
señora de Zapatero,
ese Consejo... de estado
(que se va á suprimir luego)
pero, ¿qué es mejor, ser jóven
y vivir en un infierno
(pues creo que he de encontrarlo
si á ser marido me atrevo)

ó ser viejo siendo célibe,
que es como se llega á viejo?

—Por último, en una silva
escrita con mucho acierto,
un tal B. A. me descarga
unos madobles tremendos.

Dice que soy insensible
y hasta me ha llamado *témpano*,
cuando yo soy lo contrario,
y saben muchos sugetos
que no ataeo á las mujeres
sino solo al casamiento.

De *flósfo aburrido*
me tacha ese caballero,
aunque opino que es señora
ó señorita á lo ménos,
que tal vez tiene los ojos
de *color de terciopelo*
y se ha quedado soltera
precisamente por eso.

—En fin, estos son los cargos,
los terribles argumentos

que ya quedan, con lo dicho,
completamente deshechos.

VI.

El inspirado e-critor
Antonio Hurtado me escribe,
que de sentenciar se inhibe
por escrúpulos de amor.

Gran corazon es el suyo,
y fué marido dichoso;
respeto, pues, al esposo
y nada al poeta arguyo.

Que si como él encontrara
mujeres de tal valía,
yo tambien me casaria
sin temer que me pesara.

Pero yo, sin descansar,
Hurtado, me has de creer,
voy buscando una mujer
y no la puedo encontrar.

La mujer se ha reformado
guiada por el demonio,
y por eso el matrimonio
pronto quedará anulado.

VII.

Y ya que á todos les digo
lo que me parece bien,
con el debido respeto
protesto contra mi juez
contra Trueba, que es casado,
(y es todo lo que hay que ser)
y por lo tanto, no puede
ser su sentencia de ley.

Casado está Teodoro,
Cárlos Frontáura tambien,
casado Trueba, ¡caramba!
pues ya son ustedes tres,
y es natural que me digan:
«Ricardito, cástate.»

Esto no es justo, y reclamo:
señores, ¡por San Andrés!
si solo casados juzgan,
¿cómo me he de defender?
¿No ve el público sensato
que ha leído EL CASCABEL
que esto ha sido una *encerrona*
para obligarme á caer?
¡Y decían que me amaban!
¿de quién me fio, de quién!
Por esto apelo y apelo
y otra vez apelaré,
y despues otra vez mas,
y si es preciso, otra vez
y veintisiete más tarde
y cuarenta y dos despues,
hasta que se haga justicia
como se debe de hacer.

Yo, Trueba, siempre he leído
tus obras con avidez;
¿por qué me tratas tan mal
si yo te quiero tan bien?
¿por qué á *cadena perpetua*
condenas á este doncel?
¿por qué no dices de plano
si ya lo das á entender,
que el hombre soltero es grande
y el casado no lo es?
¿por qué si opinas que opino

con bastante sensatez me das esas desazones responde, Trueba, ¿por qué?

VIII.

Conste, pues, que no me avengo á cumplir esa sentencia y que suplico á la *audiencia* me dé la razon que tengo

Que los hombres más incautos dicen que el fallo es parcial, y que debe el tribunal estudiar mejor los autos.

Y en prueba de lo que digo (llamo la atencion de Trueba) mírese bien esa prueba (1) que me remite un amigo,

A fin de que el magistrado que falle en segunda instancia, no pueda, por ignorancia, dejarme despampanado.

RICARDO SEPÚLVEDA.

Madrid 26 Mayo, 1873.

CASCABELES

Los almacenistas de comestibles vuelven á estar de enhorabuena, porque van á abrirse las Cortes: habrá alarma todos los dias, y la gente se apresurará á hacer provisiones.

Cada vez es más aplaudida la gran actriz Sra. Pezzana.

En *La dama de las camelias* no puede haber quien la iguale, lo mismo que en *La duquesa Ana* y en *Fernanda*, de Sardou.

Mucho sentimos que no represente algunas de las obras de Goldoni.

Parece que terminarán pronto las funciones; el público debe apresurarse á ver á la eminente actriz, que estará ya poco tiempo entre nosotros.

La república francesa parece que está bastante alicaída, y es fácil que muera el mejor día.

Si en tal peligro está una república de hombres como Thiers y Mac-Mahon y Grevy y otros igualmente ilustres, ¿qué me cuenta V. de Pí y Salmeron?

En Francia, á pesar del cambio ocurrido, no se ha alterado el orden.

Porque allí hay un señorito, que se llama Mac-Mahon, que le romperá un alon al primero que alce el grito.

Este año no saldrá la procesion del Corpus. ¿Para qué?

Si fuera una manifestacion para pedir algun desatino ó alguna tontería, sería otra cosa.

A la Exposicion de Viena ha llegado últimamente un rollo colosal de papel de una sola pieza que tiene una longitud de cuatro leguas.

Suponemos que ese plieguecito de papel estará destinado á la lista de las revoluciones, pronunciamientos, motines y Consti-

(1) Se publicará en el número próximo.

tuciones que hemos tenido en España, y en el hueco que luego quede, se dará cabida á las cartas que ha escrito Roque Bárcia.

Hemos leído con mucho gusto la bien escrita novela que acaba de publicar el Sr. Nombela, titulada *Los indianos*. Interés, moralidad, ameno estilo y gran oportunidad hallará el lector en la obra que le recomendamos, cuyo precio de 4 rs., la pone al alcance de todo el mundo. Dirigir los pedidos á la Administracion de la *Gaceta popular*.

El general Velarde ha mandado que se levante el somaten en Cataluña contra los carlistas, tomando parte en él todos los hombres de 18 á 60 años, y el general Saballs ha mandado que se levante el somaten contra los republicanos. ¡Qué bonito!

De manera que me alegro de no ser vecino de Cataluña,

Las rifas semanales á beneficio de los asilos del Pardo están dando muy buenos resultados, de lo que nos alegramos; pero sería de desear que puesto que los asilos obtienen recursos por ese medio, se evitara el espectáculo de la mendicidad, que ha llegado á su más completo desarrollo.

Excitamos tambien el celo del Gobierno para que se abran nuevos asilos, porque muy pronto vamos á ir todos á pedir en ellos hospitalidad.

Primero se anunció el *blanco-cera de Matilde Diez*; luego vino el *blanco-cera de Elisa Boldum*; ahora ha venido el *blanco-cera de Cleopatra*, y el mejor dia van á sacar los especifiquistas el *blanco-cera de Roque Barcia*.

En Francia se han cansado ya de jaleitos y han nombrado jefe del poder á un espadon.

Lo mismo se necesita en todas partes.

El mundo está tan perdido que no se le puede gobernar mas con un espadon muy largo.

Llamamos la atencion del lector sobre el oportunísimo y discreto artículo que D. Antonio María Segovia acaba de publicar en la acreditada *Defensa de la Sociedad*. No hemos podido resistir al deseo de copiarlo, retirando otros originales.

COMPENDIO CLÍNICO MÉDICO-QUIRÚRGICO

PARA USO DE LOS MINISTRANTES Y PRACTICANTES,
por

D. FELIX TEJADA Y ESPAÑA

doctor en Medicina y Cirujía y director de *El Génio Médico-Quirúrgico*.

Acaba de terminarse este libro, que consta de más de 700 páginas.

Se vende en la administracion de dicho periódico, Santa Isabel, 13, bajo, á 40 rs. en Madrid y 44 para provincias, franco de porte, y en las librerías de los Sres. Bailly-Bailliery, Moya y Plaza, y Gaspar y Roig.

A los que se suscriban á EL GÉNIO por un semestre, que son 30 rs., se les hace 10 rs. de rebaja, regalándoles además un curioso y útil formulario que se ha publicado este año en el mismo periódico.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS

POR CASTELAR

Cada tomo, con un precioso retrato en acero, 5 rs.

Se han publicado 12 tomos.

MADRID:—1873

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos)